

FABLEHAVEN



BRANDON MULL

Fablehaven

NADIE
SALDRÁ
COMO HABÍA
ENTRADO

TODO INTRUSO
SERÁ CONVERTIDO
EN PIEDRA



Fablehaven

Brandon Mull

Traducción de Inés Belaustegui



Rocaeditorial

Título original: *Fablehaven*
© Brandon Mull, 2009

Primera edición: noviembre de 2009

© de la traducción: Inés Belaustegui
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.^a
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN:
Depósito legal:

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Índice

1. Vacaciones forzosas	11
2. Juntando pistas	25
3. La choza de hiedra	37
4. El estanque escondido	49
5. Diario de secretos	62
6. Maddox	79
7. Cautiva en un tarro	94
8. Represalias	109
9. Hugo	126
10. La noche del solsticio de verano	140
11. Panorama después de la batalla	156
12. Dentro del granero	177
13. Un mensaje inesperado	187
14. Un trol duro de pelar	203
15. El otro lado del desván	220
16. La capilla olvidada	237
17. Una apuesta desesperada	251
18. Bahumat	267
19. Adiós a Fablehaven	285
Agradecimientos	297

Para Mary,
que hizo posible la escritura



1

Vacaciones forzosas

*K*endra iba mirando por la ventanilla del todoterreno deportivo, viendo pasar ante sus ojos la vegetación emborronada por efecto de la velocidad. Cuando notaba que debido a la imagen se mareaba, dirigía la vista al frente y la fijaba en algún árbol, y lo acompañaba con la mirada mientras se aproximaba lentamente al vehículo para pasar por su lado como una centella y después perderse de vista poco a poco en la distancia.

¿La vida era también así? Se podía mirar hacia delante, al futuro, o hacia atrás, al pasado, pero el presente transcurría demasiado deprisa como para asimilarlo. A veces quizá. Hoy no. Hoy cruzaban en coche las montañas arboladas de Connecticut por una autovía de dos carriles que no se acababa nunca.

—¿Por qué no nos habías dicho que el abuelo Sorenson vivía en la India? —se quejó Seth.

Su hermano tenía once años e iba a empezar sexto. Se había cansado de jugar con su consola (prueba de que aquel viaje en coche estaba siendo verdaderamente interminable).

Su madre se giró para mirar al asiento trasero.

—Ya no falta mucho. Disfruta del paisaje.

—Tengo hambre —dijo Seth.

Ella empezó a rebuscar en una bolsa de supermercado repleta de aperitivos y tentempiés.

—¿Unas crackers con crema de cacahuete?

Seth estiró el brazo para coger las galletitas. Su padre, al volante, pidió una Almond Roca. Las últimas Navidades había decidido que las Almond Roca eran sus chocolatinas favoritas

y que debía tener alguna a mano todo el año. Casi seis meses después seguía haciendo honor a su resolución.

—¿Tú quieres algo, Kendra?

—Estoy bien.

Kendra volvió a fijar la atención en el vertiginoso desfile de árboles. Sus padres se iban de crucero por Escandinavia durante diecisiete días en compañía de todas las tías y los tíos por el lado materno de la familia. Iban todos gratis. No porque hubiesen ganado ningún concurso. Se iban de crucero porque los abuelos de Kendra habían muerto asfixiados.

La abuela y el abuelo Larsen habían ido a ver a unos parientes en Carolina del Sur. Los parientes vivían en una caravana. La caravana tuvo no se sabe qué problema relacionado con un escape de gas y habían perecido todos mientras dormían. Mucho tiempo atrás, la abuela y el abuelo Larsen habían especificado que cuando muriesen, todos sus hijos y sus cónyuges tenían que hacer un crucero por los mares escandinavos, empleando cierta suma de dinero asignada a tal efecto.

12 Los nietos no habían sido invitados.

—¿No os vais a aburrir como unas ostras, metidos en un barco diecisiete días? —preguntó Kendra.

Su padre le lanzó una mirada por el espejo retrovisor.

—Supuestamente la comida que dan es fabulosa. Caracoles, huevas de pescado..., la bomba.

—A nosotros el viaje no nos hace ninguna ilusión —repuso la madre en tono triste—. No creo que vuestros abuelos tuvieran en mente una muerte accidental cuando plantearon ese deseo. Pero trataremos de pasarlo lo mejor posible.

—El barco va haciendo escala en varios puertos —añadió el padre para cambiar deliberadamente el curso de la conversación—. Y te dejan bajar unas horas.

—¿Este viaje en coche va a durar también diecisiete días? —preguntó Seth.

—Ya casi estamos —le respondió su padre.

—¿Tenemos que quedarnos en casa de los abuelos Sorenson? —preguntó Kendra.

—Lo pasaréis estupendamente. Deberíais sentirnos honrados. Casi nunca invitan a nadie a su casa.

—Precisamente. Apenas los conocemos. Son unos ermitaños.

—Bueno, son mis padres —repuso él—. De algún modo, yo sobreviví.

La carretera dejó de serpentear entre montañas cubiertas de bosque al atravesar una población. Mientras esperaban a que un semáforo se pusiera en verde, Kendra se quedó mirando a una mujer obesa que estaba llenando el depósito de combustible de su furgoneta. El parabrisas de la furgoneta estaba sucio, pero la señora no parecía tener la menor intención de lavarlo.

Kendra miró hacia delante. El parabrisas del todoterreno deportivo daba pena, lleno de bichos muertos espachurrados, a pesar de que su padre lo había restregado bien la última vez que habían parado a repostar. Hoy habían venido desde Rochester sin parar.

Kendra sabía que los abuelos Sorenson no les habían invitado a quedarse en su casa. Había escuchado a hurtadillas la conversación entre su madre y el abuelo Sorenson, cuando le había planteado la idea de dejarles a los chicos. Fue durante el funeral.

El recuerdo del funeral hizo estremecer a Kendra. Antes de la ceremonia se hizo el velatorio, con la abuela y el abuelo Larsen expuestos en sus dos idénticos ataúdes. A Kendra no le gustó ver al abuelo Larsen con maquillaje. ¿A qué chalado se le habría ocurrido la idea de, al morir alguien, tener que pagar a un taxidermista para retocar al difunto para su última aparición en público? Ella prefería mil veces recordarlos vivos, y no expuestos grotescamente con sus mejores galas. Los Larsen eran los abuelos que habían formado parte de su vida. Habían pasado juntos muchas vacaciones y largas temporadas.

Kendra apenas podía recordar haber pasado algo de tiempo en compañía de los abuelos Sorenson. Más o menos en la época en que se casaron sus padres, los abuelos Sorenson habían heredado unas propiedades en Connecticut. Nunca les habían invitado a ir a verlos y rara vez iban ellos a Rochester. Cuando se decidían a hacerlo, generalmente iba uno de los dos. Sólo habían ido juntos en dos ocasiones. Los Sorenson eran agradables, pero sus visitas habían sido demasiado infrecuentes y breves como para que surgiera un verdadero vínculo. Kendra

sabía que la abuela había dado clases de Historia en una facultad y que el abuelo había viajado mucho, como dueño de una pequeña empresa de importación. Eso era todo.

Todo el mundo se sorprendió cuando el abuelo Sorenson se presentó en el funeral.

Habían pasado más de dieciocho meses desde la última vez que los Sorenson habían ido a verlos. El abuelo se había disculpado por que su mujer no asistiera al funeral, ya que se encontraba enferma. Parecía que siempre había alguna excusa. A veces, Kendra se preguntaba si se habrían divorciado en secreto.

Hacia el final del velatorio, Kendra oyó a su madre tratar de convencer al abuelo Sorenson para que cuidase de los chicos. Estaban en el pasillo de al lado del área del velatorio. Kendra les oyó hablar antes de alcanzar la esquina, y se detuvo a escuchar.

—¿Por qué no pueden quedarse con Marci?

—Normalmente se quedarían, pero Marci también viene al crucero.

14 Kendra se asomó a mirar desde la esquina. El abuelo Sorenson llevaba una americana marrón con coderas y pajarita.

—¿Dónde se quedan los chicos de Marci?

—En casa de sus suegros.

—¿Y si contratáis un canguro?

—Dos semanas y media es mucho tiempo para contratar un canguro. Recuerdo que alguna vez comentaste que te gustaría que fuesen a pasar unos días con vosotros.

—Sí, lo recuerdo. ¿Tiene que ser a finales de junio? ¿Por qué no en julio?

—La fecha del crucero está cerrada. ¿Qué diferencia habría?

—En esa época todos andamos siempre más atareados de lo normal. No sé, Kate. Ya no tengo práctica con críos.

—Stan, no tengo ningunas ganas de hacer este crucero. Para mis padres era importante, y por eso vamos. No es mi intención obligarte si no quieres. —Parecía a punto de echarse a llorar.

El abuelo Sorenson suspiró.

—Supongo que podremos encontrar algún lugar donde cerrarlos.

En ese momento, Kendra se alejó del pasillo. Desde entonces, sin decir nada a nadie, le había preocupado la perspectiva de quedarse en casa del abuelo Sorenson.

Tras dejar atrás la población, el todoterreno deportivo subió por una empinada pendiente. A continuación la carretera rodeó un lago y se perdió entre colinas cubiertas de bosque. De vez en cuando pasaban por delante de un buzón particular. A veces se divisaba una casa entre los árboles; otras sólo se veía un largo camino de acceso.

Tomaron una carretera más estrecha y prosiguieron el viaje. Kendra se inclinó hacia delante y comprobó el nivel del combustible.

—Papá, te queda menos de un cuarto del depósito —dijo.

—Ya casi hemos llegado. Lo llenaremos cuando os hayamos dejado.

—¿Por qué no podemos apuntarnos al crucero? —preguntó Seth—. Podríamos escondernos en los botes salvavidas. Y vosotros podríais birlar comida para nosotros.

—Chicos, os lo pasaréis mucho mejor con los abuelos Sorenson —le contestó su madre—. Esperad y veréis. Dadles una oportunidad.

—Ya hemos llegado —dijo su padre.

Salieron de la carretera por una pequeña carretera de grava. Kendra no veía ni rastro de una casa, únicamente el sendero que se perdía entre los árboles al doblar por un recodo.

Con la grava crujiendo bajo los neumáticos, fueron dejando atrás varios letreros en que se les advertía de que se encontraban en propiedad privada. Otros letreros prohibían el paso a los intrusos. Llegaron a una cancela metálica baja que estaba abierta, pero que podía cerrarse para impedir el acceso.

—¡Es la carretera de entrada más larga del mundo! —se quejó Seth.

Cuanto más se adentraban, menos convencionales resultaban los letreros. En vez de leerse «Propiedad privada» y «Prohibido el paso», rezaban: «ATENCIÓN: CALIBRE 12» o «LOS INTRUSOS SERÁN PERSEGUIDOS».

—Estos letreros son curiosos —comentó Seth.

—Más bien siniestros —murmuró Kendra.

Al cabo de otra curva del camino, llegaron a una verja alta de hierro forjado, coronada con unas flores de lis. La doble puerta estaba abierta. A cada lado, la verja se extendía entre los árboles hasta más allá de donde le alcanzó la vista a Kendra. Cerca de la verja había un último letrero: «MUERTE SEGURA».

—¿Está paranoico el abuelo Sorenson? —preguntó Kendra.

—Los letreros son una broma —respondió su padre—. El abuelo heredó estas tierras. Estoy seguro de que la verja venía en el lote.

Una vez cruzaron por la puerta, seguía sin haber casa alguna a la vista. Sólo más árboles y maleza. Cruzaron un puente-cillo que salvaba un riachuelo y subieron por una suave pendiente. Los árboles terminaban allí de repente, y mostraban una casa al otro lado de una vasta explanada de hierba.

La casa era grande, pero no enorme, con un montón de tejados y hasta una torrecilla. Después de la verja de hierro forjado, Kendra se había esperado un castillo o una gran mansión. Construida a base de madera oscura y piedra, la casa parecía vieja, y sin embargo, en buen estado de conservación. El terreno impresionaba más. Delante de la casa había un brillante jardín de flores. Unos setos podados y un estanque de peces añadían un toque personal al jardín. Detrás de la casa se levantaba, imponente, un enorme granero marrón, de por lo menos cinco pisos de alto, rematado por una veleta.

—Me encanta —dijo la madre de Kendra—. Ojalá nos quedáramos todos.

—¿Nunca habías estado aquí? —preguntó Kendra.

—No. Vuestro padre vino un par de veces antes de casarnos.

—Hacen lo imposible por evitar las visitas —dijo él—. Ni yo ni el tío Carl ni la tía Sophie hemos pasado mucho tiempo aquí. No lo entiendo. Sois unos afortunados, chicos. Lo vais a pasar genial. Aunque sólo sea por una cosa: os podéis pasar todo el tiempo jugando en la piscina.

Se detuvieron delante del garaje.

La puerta principal se abrió y apareció el abuelo Sorenson, seguido de un hombre alto y desgarbado de orejas enormes y de una mujer delgada de más edad. Seth y sus padres salieron del coche. Kendra se quedó dentro y observó.

El abuelo se había presentado en el funeral perfectamente afeitado, pero ahora lucía una barba blanca de varios días. Iba vestido con unos vaqueros gastados, unas botas de faena y una camisa de franela.

Kendra estudió a la mujer mayor. No era la abuela Sorenson. Pese a su pelo blanco, con mechones negros aquí y allá, su rostro poseía la cualidad de parecer joven. Sus ojos almendrados eran negros como el café y sus rasgos sugerían un vestigio de antepasados asiáticos. Baja y ligeramente encorvada, conservaba una belleza exótica.

El padre de los chicos y el larguirucho abrieron el maletero del todoterreno deportivo y empezaron a sacar maletas y bolsos de lona.

—¿Vienes, Kendra? —le preguntó su padre.

Kendra abrió la puerta y descendió al suelo de grava.

—Dejad las cosas dentro sin más —le estaba diciendo el abuelo a su hijo—. Dale las subiré a la habitación.

—¿Dónde está mamá? —le preguntó.

—Ha ido a ver a tu tía Edna.

—¿A Misuri?

—Edna se está muriendo.

Kendra apenas había oído hablar de la tía Edna en toda su vida, por lo que la noticia no significó gran cosa para ella. Levantó la vista para contemplar la casa. Se fijó en que el cristal de las ventanas presentaba burbujas. Bajo los aleros había nidos de pájaros adheridos.

Todos se dirigieron a la puerta principal de la casa. El padre de los chicos y Dale portaban los bolsos más grandes. Seth llevaba una bolsa de lona más pequeña y una caja de cereales. La caja de cereales era su kit de emergencia. Estaba llena de cachivaches que él consideraba que podrían serle útiles para alguna aventura: gomas elásticas, una brújula, barritas de cereales, monedas, una pistola de agua, una lupa, unas esposas de plástico, cuerda, un silbato.

—Ésta es Lena, nuestra ama de llaves —dijo el abuelo. La mujer mayor asintió e hizo un leve gesto de saludo con la mano—. Dale me ayuda con la jardinería.

—Eres una preciosidad, ¿eh? —le dijo Lena a Kendra—.

Debes de tener unos catorce años. —Lena tenía un ligero acento que Kendra no consiguió identificar.

—Los cumplo en octubre.

De la puerta principal colgaba una aldaba de hierro que representaba un trasco con los ojos entrecerrados y un anillo en la boca. La gruesa puerta tenía unas voluminosas bisagras.

Kendra entró en la casa. El suelo del vestíbulo era de madera lustrada. En una mesa baja había un jarrón de cerámica blanca con un arreglo floral mustio. En un lateral se veía un perchero alto, de hierro, junto a un banco negro con el respaldo alto y tallado. De la pared colgaba un cuadro de una cacería del zorro.

Kendra podía ver el interior de otra estancia, cuyo suelo de madera aparecía cubierto en su mayor parte por una alfombra bordada de grandes dimensiones. Igual que la casa misma, los muebles eran antiguos, pero en buen estado de conservación. Los sofás y las sillas eran, casi todos ellos, del tipo que esperarías encontrar en una visita a un lugar histórico.

18 Dale estaba subiendo por las escaleras con algunos de los bolsos. Lena se excusó y se metió en otra habitación.

—Vuestro hogar es precioso —le elogió la madre—. Ojalá tuviéramos tiempo para que nos los enseñarais.

—Tal vez cuando regreséis —dijo el abuelo.

—Gracias por acceder a que los chicos se queden con vosotros —le dijo su hijo.

—Un placer. Pero no quiero entreteneros.

—Vamos con el tiempo bastante justo —se disculpó él.

—Portaos bien, chicos, y haced caso al abuelo Sorenson en todo lo que sea —les dijo su madre a los chicos, y abrazó a Kendra y a Seth.

Kendra notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Luchó por contenerlas.

—Qué disfrutéis del crucero.

—Estaremos de vuelta antes de que os deis cuenta —le contestó su padre, que rodeó a Kendra con un brazo y le revolvió el pelo a Seth.

Diciendo adiós con la mano, sus padres salieron por la puerta abierta. Kendra se acercó al umbral y los miró mientras ellos se

montaban en el coche. Al iniciar la marcha, su padre tocó el claxon. Kendra volvió a luchar por contener las lágrimas, mientras el todoterreno deportivo se perdía de vista entre los árboles.

Seguramente sus padres estarían riéndose, sintiendo el alivio de hallarse solos para disfrutar de las vacaciones más largas de su vida de casados. Prácticamente podía oír el tintineo de sus copas de cristal al brindar. Y allí estaba ella, abandonada. Kendra cerró la puerta. Seth, ensimismado como siempre, examinaba las intrincadas piezas de un juego de ajedrez ornamental.

El abuelo estaba en el vestíbulo, observando a Seth con semblante cortés pero incómodo.

—Deja esas piezas de ajedrez en su sitio —dijo Kendra—. Parecen caras.

—Oh, no pasa nada —replicó el abuelo. Por cómo lo dijo, Kendra estaba segura de que se sentía aliviado al ver que Seth depositaba las piezas en el tablero—. ¿Os nuestro vuestra habitación?

Siguieron al abuelo por las escaleras y por un pasillo alfombrado hasta llegar al pie de una angosta escalera de madera que conducía a una puerta blanca. El abuelo reanudó la subida por los peldaños crujientes de esta segunda escalera.

—No solemos tener invitados, y menos aún niños —dijo el abuelo por encima del hombro—. Creo que estaréis más cómodos en el desván.

Abrió la puerta y los chicos entraron detrás de él. Kendra se había preparado para encontrarse telarañas e instrumentos de tortura, y se llevó un alivio al ver que el desván era una alegre estancia de juegos. Espaciosa, limpia y luminosa; la alargada estancia contaba con dos camas, estanterías repletas de literatura infantil, armarios roperos independientes, unos pulcros tocadores, un unicornio balancín, varios arcones para juguetes y una gallina en una jaula.

Seth se fue derecho a por la gallina.

—¡Cómo mola! —Metió un dedo entre los finos barrotes para intentar tocar las plumas del ave, color naranja dorado.

—Cuidado, Seth —le avisó Kendra.

—No le pasará nada —dijo el abuelo—. *Ricitos de Oro* es más una mascota doméstica que una gallina de corral. Vuestra

abuela es quien se ocupa generalmente de ella. Pensé que no os importaría sustituirla mientras está fuera. Tendréis que darle de comer, limpiarle la jaula y recolectar los huevos.

—¡Pone huevos! —Seth estaba maravillado y encantado.

—Un huevo o dos al día, si la mantenéis bien alimentada —puntualizó el abuelo. Y señaló un cubo blanco de plástico lleno de grano, cerca de la jaula—. Un cucharón por la mañana y otro por la noche deberían bastar para cuidarla. Tendréis que cambiarle el relleno de la jaula cada dos días, y aseguráros de que tiene agua suficiente. Todas las mañanas le damos un pequeño cuenco de leche. —El abuelo guiñó un ojo—. Ése es el secreto de su producción de huevos.

—¿Podemos sacarla alguna vez? —La gallina se había acercado lo bastante como para que Seth pudiera acariciarle las plumas con un dedo.

—Sólo guardadla después en la jaula otra vez. —El abuelo se inclinó para meter un dedo en la jaula y *Ricitos de Oro* le dio un picotazo de inmediato. El hombre retiró la mano—. Nunca le he caído muy simpático.

20

—Algunos de estos juguetes parecen caros —dijo Kendra, que estaba de pie junto a una recargada casita de muñecas victoriana.

—Los juguetes están hechos para que se juegue con ellos —respondió el abuelo—. Procurad mantenerlos en buen estado y será más que suficiente.

Seth dejó la gallina para acercarse a un pequeño piano que había en un rincón de la habitación. Aporreó las teclas, y a Kendra le pareció que las notas que sonaron tenían un timbre diferente a lo que había esperado. Se trataba de un pequeño clavicémbalo.

—Considerad esta habitación vuestro espacio —dijo el abuelo—. Dentro de lo razonable, no os daré la lata con que tengáis el cuarto recogido, siempre que tratéis el resto de la casa con respeto.

—De acuerdo —dijo Kendra.

—Tengo también malas noticias que daros. Estamos en el momento álgido de la temporada de garrapatas. ¿Habéis oído hablar alguna vez de la enfermedad de Lyme?

Seth negó con la cabeza.

—Creo que sí —contestó Kendra.

—Se descubrió por primera vez en la ciudad de Lyme, en Connecticut, no muy lejos de aquí. Se contagia por la picadura de la garrapata. Este año el bosque está llenito de ellas.

—¿Y en qué consiste? —preguntó Seth.

El abuelo hizo una pausa solemne.

—Empieza con un sarpullido. En poco tiempo puede provocar artritis, parálisis e insuficiencia cardíaca. Aparte de eso, con enfermedad o sin ella, no querréis que se os metan garrapatas en la piel y se pongan a chuparos la sangre. Cuando intentas arrancarlas, se les desprende la cabeza. Y cuesta sacarlas.

—¡Qué asco! —exclamó Kendra.

El abuelo asintió con semblante muy serio.

—Son tan pequeñas que casi no se ven, al menos hasta que se atiborran de sangre. Entonces, se hinchan hasta quedar del tamaño de una uva. En cualquier caso, la cuestión es que no tenéis permiso para meteros en el bosque bajo ninguna circunstancia, chicos. Quedaos en la pradera de hierba. Violad esta norma, y vuestros privilegios de permanencia al aire libre os serán revocados. ¿Nos entendemos?

Kendra y Seth asintieron.

—Además, no debéis entrar en el granero. Demasiadas escaleras de mano y trastos de labor viejos y oxidados. Las mismas normas que valen para el bosque, valen también para el granero: poned un pie allí, y os pasaréis el resto de las vacaciones metidos en esta habitación.

—De acuerdo —replicó Seth, que cruzó la habitación en dirección a un caballete colocado sobre una lona llena de manchurriones de pintura. Apoyado en el caballete había un lienzo sin estrenar. Había más lienzos blancos apoyados contra la pared próxima, junto a baldas repletas de tarros de pintura—. ¿Puedo pintar?

—Os lo digo por segunda vez: sois los amos de esta habitación —respondió el abuelo—. Sólo procurad no destrozarla. Tengo un montón de tareas que atender, así que puede que no me veáis mucho el pelo. Aquí tiene que haber suficiente cantidad de juguetes y entretenimientos para manteneros ocupados.

—¿Y tele? —preguntó Seth.

—No hay ni tele ni radio —respondió el abuelo—. Normas de la casa. Si necesitáis cualquier cosa, tenéis a Lena, que nunca andará muy lejos—. Señaló un cordón morado que colgaba de la pared, cerca de una de las camas—. Tirad de esa cuerda si la necesitáis. De hecho, dentro de unos minutos, vendrá con vuestra cena.

—¿No vamos a cenar juntos? —preguntó Kendra.

—Algunos días. Ahora mismo tengo que pasar por el henar del lado este. Puede que no vuelva hasta tarde.

—¿Cuánta tierra posees? —preguntó Seth.

El abuelo sonrió.

—Más de lo que debiera. Vamos a dejarlo ahí. Chicos, os veré por la mañana. —Dio media vuelta para marcharse y entonces se detuvo, al tiempo que buscaba algo en el bolsillo de su abrigo. Se dio la vuelta y tendió a Kendra una pequeña arandela en la que había prendidas tres pequeñas llaves de tamaños diferentes—. Cada una de estas llaves encaja en una cerradura de esta habitación. A ver si conseguís averiguar qué abre cada una.

22

El abuelo Sorenson salió de la habitación y cerró la puerta tras él. Kendra se quedó escuchando sus pisadas al descender la escalera. Se colocó junto a la puerta, esperó y a continuación probó a girar el picaporte lentamente. Kendra abrió la puerta con cuidado, se asomó a mirar la escalera vacía y entonces cerró. Por lo menos no los había dejado encerrados.

Seth había abierto un baúl de juguetes y estaba examinando su contenido. Los juguetes eran de otra época, pero se encontraban en excelente estado. Soldados, muñecas, rompecabezas, peluches, bloques de madera.

Kendra se acercó distraídamente a un telescopio que había junto a una ventana. Observó por la mirilla, colocó el telescopio de manera que pudiese mirar a través del cristal de una ventana y se puso a ajustar los mandos de enfoque. Consiguió hacer más nítida la imagen, pero no logró que se viera del todo bien.

Dejó de mover los mandos y observó la ventana. Los cristales estaban hechos de vidrio irregular, como los de la parte delantera de la casa. Las imágenes llegaban distorsionadas antes de pasar por el telescopio.

Descorrió un pestillo y empujó la ventana para abrirla. Desde allí se dominaba el bosque que quedaba al este de la casa, iluminado por las tonalidades doradas de la puesta de sol. Kendra acercó el telescopio a la ventana, se entretuvo un poco más en ajustar el enfoque y consiguió ver con toda nitidez las hojas de los árboles de allá abajo.

—Déjame ver —dijo Seth. Se había puesto a su lado.

—Antes recoge todos esos juguetes. —Junto al baúl abierto había un revoltijo de juguetes.

—El abuelo ha dicho que aquí dentro podemos hacer lo que nos dé la gana.

—Sin convertirlo todo en un desastre. Estás poniéndolo todo patas arriba ya.

—Estoy jugando. Esto es un cuarto de juegos.

—¿No te acuerdas de que mamá y papá nos dijeron que teníamos que recoger nosotros solitos nuestras cosas?

—¿No te acuerdas de que mamá y papá no están aquí?

—Se lo diré.

—¿Cómo? ¿Les vas a poner una notita en una botella? Para cuando regresen, ni siquiera te acordarás.

Kendra se fijó en que había un calendario en la pared.

—Lo anotaré en el calendario.

—Vale. Y mientras tanto yo echaré un vistazo con el telescopio.

—Esto es lo único de toda la habitación que estaba usando yo. ¿Por qué no te buscas otra cosa?

—No me había fijado en el telescopio. ¿Por qué no lo compartes? ¿No nos dicen también mamá y papá que compartamos las cosas?

—De acuerdo —respondió Kendra—. Todo tuyo. Pero voy a cerrar la ventana. Están entrando bichos.

—Lo que tú digas.

Kendra cerró la ventana.

Seth miró por la mirilla y se puso a mover los mandos de enfoque. Kendra contempló detenidamente el calendario. Era de 1953. Cada mes iba acompañado de una ilustración de un palacio de cuento de hadas.

Pasó las hojas hasta dar con la de junio. Hoy era 11 de ju-

nio. Los días de la semana no coincidían con los actuales, pero igualmente pudo contar los que faltaban hasta que volviesen sus padres. Estarían de vuelta el 28 de junio.

—Este cacharro ni siquiera enfoca bien —se quejó Seth.
Kendra sonrió.



2

Juntando pistas

A la mañana siguiente, Kendra se sentó a la mesa del desayuno justo enfrente de su abuelo. Encima de él, el reloj de madera de la pared marcaba las 8.43. Por el rabillo del ojo percibía un reflejo de luz que se movía. Seth estaba usando el cuchillo de untar la mantequilla para reflejar los rayos del sol. Estaba sentada demasiado lejos de la ventana como para tomar represalias.

—A nadie le gusta que el sol le dé en los ojos, Seth —dijo el abuelo.

Seth paró.

—¿Y Dale? —preguntó.

—Dale y yo nos levantamos hace unas horas. Está fuera, trabajando. Yo he venido sólo para hacerlos compañía en vuestra primera mañana en la casa.

Lena puso un cuenco delante de Seth y otro delante de Kendra.

—¿Qué es esto? —preguntó Seth.

—Crema de trigo —respondió Lena.

—Se adhiere a las costillas —añadió el abuelo.

Seth probó la crema de trigo con su cuchara.

—¿Qué lleva? ¿Sangre?

—Bayas del jardín y confitura casera de frambuesa —explicó Lena, al tiempo que dejaba sobre la mesa una fuente con tostadas, mantequilla, una jarra de leche, un cuenco con azúcar y otro con mermelada.

Kendra probó la crema de trigo. Estaba deliciosa. Las bayas y

la confitura de frambuesa le daban el toque perfecto de dulzor.

—¡Pero qué bueno! —exclamó Seth—. Y pensar que papá está comiendo caracoles...

—Chicos, recordad las normas relativas al bosque —dijo el abuelo.

—Y no meternos en el granero —observó Kendra.

—Buena chica. Detrás hay una piscina, que hemos preparado para vosotros: con su adecuado equilibrio químico y todo lo demás. Podéis explorar los jardines. Y siempre podéis subir a jugar a vuestra habitación. No tenéis más que respetar las normas y nos llevaremos bien.

—¿Cuándo vuelve la abuela? —preguntó Kendra.

El abuelo bajó la vista a sus manos.

—Eso dependerá de tía Edna. Podría ser la semana próxima. Podría ser dentro de un par de meses.

—Me alegro de que la abuela se recuperara de su enfermedad —comentó Kendra.

—¿Qué enfermedad?

—La que le impidió ir al funeral.

—Ah, sí. Bueno, seguía aún un poco floja cuando partió hacia Misuri.

El abuelo se comportaba de una manera un tanto peculiar. Kendra se preguntó si le costaba tratar con niños.

—Me da pena no haber llegado a tiempo de verla —dijo Kendra.

—A ella también. En fin, será mejor que me marche ya. —No había probado bocado. Echó la silla hacia atrás, se levantó y se apartó de la mesa mientras se frotaba las palmas de las manos en los vaqueros—. Si vais a la piscina, no os olvidéis de poneros protección solar. Os veré más tarde, chicos.

—¿En la comida? —preguntó Seth.

—Más bien a la hora de la cena. Lena os ayudará con cualquier cosa que necesitéis.

Y se marchó.

Enfundada en su bañador y con una toalla echada al hombro, Kendra salió por la puerta al porche trasero. Llevaba un

espejo de mano que había encontrado en la mesilla de noche que había junto a su cama. Tenía el mango de madreperla con incrustaciones de diamantes falsos. El día estaba un tanto húmedo, pero la temperatura resultaba agradable.

Se acercó a la baranda del porche y contempló el jardín trasero, tan bien cuidado y perfectamente podado, con sus senderos de piedras blancas serpenteando entre los arriates de flores, los setos, los huertecillos, los árboles frutales y las plantas en flor. Los tallos entrelazados de las parras cubrían con sus rizos celosías colgadas. Todas las plantas parecían hallarse en plena floración. Kendra no había visto nunca flores así de radiantes.

Seth estaba bañándose ya. La piscina tenía el fondo negro y estaba rodeada de piedras para darle el aspecto de un estanque. Kendra bajó rápidamente los escalones y tomó un sendero en dirección a la piscina.

El jardín rebosaba vida. Había colibríes que pasaban como flechas entre la vegetación, con las alas casi invisibles mientras revoloteaban suspendidos en el aire. Abejorros gigantes de panzas peludas zumbaban de flor en flor. Una asombrosa variedad de mariposas aleteaba por el lugar con sus alas de papel de seda.

Kendra pasó por delante de una fuentequilla seca con forma de estatua de rana. Y se detuvo al ver que una gran mariposa se posaba en el borde de un bebedero de pájaros vacío. Tenía unas alas enormes de color azul, negro y violeta. Nunca había visto una mariposa de colores tan vivos. Por supuesto, era la primera vez que pisaba un jardín de semejante categoría. La casa no era exactamente una mansión, pero la finca era digna de un rey. No era de extrañar que el abuelo Sorenson tuviera tantas cosas que hacer.

El sendero llevó finalmente a Kendra ante la piscina. La zona de la orilla estaba pavimentada con losas multicolores. Había varias tumbonas y una mesa redonda con una gran sombrilla.

Seth saltó a la piscina desde una piedra que sobresalía, y se zambulló con las piernas recogidas, salpicando a lo grande. Kendra dejó la toalla y el espejo encima de la mesa y cogió un bote de protección solar. Se untó de crema blanca la cara, los brazos y las piernas, hasta que su piel la absorbió.

Mientras Seth buceaba, Kendra cogió el espejo. Incluyó la parte reflectante de modo que reflejase la luz del sol en el agua. Cuando Seth sacó la cabeza, Kendra se aseguró de que el manchón brillante de luz solar le diese de lleno en la cara.

—¡Eh! —gritó él, que se apartó a brazadas. Pero ella mantuvo el destello del espejo en su nuca.

Seth se agarró al borde de la piscina y se volvió para mirarla de nuevo; levantó una mano y guiñó los ojos para protegerse de la luz. Tuvo que apartar la mirada.

Kendra se echó a reír.

—Corta ya —dijo Seth.

—¿No te gusta?

—Que lo dejes. No volveré a hacerlo. Ya me ha abroncado el abuelo.

Kendra dejó el espejo en la mesa.

—Este espejo es mucho más brillante que un cuchillo de untar mantequilla —dijo—. Apuesto a que ha causado ya un daño irreparable en tus retinas.

28 —Espero que sí, así te reclamaré ante los tribunales daños por un billón de dólares.

—Buena suerte. Debo de tener unos cien en el banco. Podría llegarte para comprar un par de parches para ojos.

Seth nadó enojado en dirección a ella y Kendra se acercó al borde de la piscina. Y cuando él empezó a encaramarse para salir, ella le empujó al agua otra vez. Le sacaba casi una cabeza y normalmente podía con él si entablaban pelea, pero si acababan luchando él sabía escabullirse hábilmente.

Seth cambió de táctica y empezó a salpicarla, empujando la mano rápidamente contra la superficie del agua. El agua estaba fría y, al principio, Kendra se encogió, pero entonces se tiró a la piscina saltando por encima de la cabeza de Seth. Tras el impacto inicial, enseguida se acostumbró a la temperatura y se alejó de su hermano en dirección a la parte menos honda.

Él fue a por ella, y acabaron enzarzándose en un combate a ver quién salpicaba más al otro. Con las manos entrelazadas, Seth dibujó amplios círculos con los brazos, rozando con fuerza la superficie del agua. Kendra empujaba el agua con ambas manos, batiéndola de tal modo que no salpicaba tanto como él,

pero sí de forma más dirigida. Pronto se cansaron. No resultaba fácil ganar un combate acuático cuando ambos contrincantes estaban ya calados.

—Echemos una carrera —propuso Kendra cuando empezaron a salpicarse menos.

Echaron varias carreras en la piscina. Primero nadaron en estilo crol, luego de espaldas, luego braza y al final de costado. Después de eso se inventaron impedimentos, como nadar sin utilizar los brazos, o hacer anchos saltando a la pata coja por la parte menos honda. Solía ganar Kendra, pero Seth era más veloz en estilo espalda y en algunas de las carreras con impedimentos.

Cuando Kendra se aburrió de jugar, salió de la piscina. Se dirigió a la mesa para coger la toalla y se frotó con ella la larga melena, disfrutando de la textura gomosa del cabello, dividido en mechones compactos por efecto de la humedad.

Seth se subió a lo alto de una roca que había cerca de la parte más profunda.

—¡Mira este abrelatas! —Saltó con una pierna estirada y la otra recogida.

29

—Bien hecho —dijo Kendra para apaciguarlo cuando sacó la cabeza del agua. Entonces dirigió la vista hacia la mesa y se quedó petrificada. Colibríes, abejorros y mariposas revoloteaban en el aire por encima del espejo de mano. Otras cuantas mariposas y un par de enormes libélulas se habían posado directamente en la faz del espejo.

—¡Seth, ven a ver esto! —le llamó Kendra, susurrando con todas sus fuerzas.

—¿El qué?

—Tú ven.

Seth salió de la piscina y fue hasta Kendra pisando sin hacer ruido y con los brazos cruzados. Se quedó mirando la nube palpitante que daba vueltas encima del espejo.

—¿Qué hacen?

—¿No lo sé? —respondió ella—. ¿A los insectos les gustan los espejos?

—A éstos sí.

—Mira esa mariposa roja y blanca. Es enorme.

—Igual que esa libélula —indicó Seth.

—Ojalá tuviera una cámara de fotos. Te reto a que cojas el espejo.

Seth se encogió de hombros.

—Vale.

Él trotó hasta la mesa, agarró el espejo por el mango, se fue corriendo hacia la piscina y se zambulló. Algunos insectos se dispersaron al momento. La mayoría voló en la dirección que había tomado Seth, pero se dispersaron también antes de alcanzar la piscina.

Seth emergió del agua.

—¿Tengo alguna abeja?

—Saca el espejo del agua. ¡Lo vas a estropear!

—Cálmate, está bien —dijo él, nadando hacia el borde.

—Dámelo. —Kendra le quitó el espejo de la mano y lo secó con su toalla. Parecía intacto—. Hagamos un experimento.

Kendra colocó el espejo bocarriba en una silla de asiento reclinable y se apartó.

—¿Crees que volverán?

—Ahora lo veremos.

Kendra y Seth se sentaron ante la mesa, no lejos de la silla. Pasado menos de un minuto llegó volando un colibrí y se quedó suspendido por encima del espejo. Al poco se le unieron unas cuantas mariposas. Un abejorro se posó sobre el cristal. En cuestión de minutos se había formado otro enjambre de pequeñas criaturas aladas encima del espejo.

—Ve a darle la vuelta —dijo Kendra—. Quiero ver si lo que les atrae es el espejo en sí o el reflejo.

Seth fue a cuatro patas hasta el espejo. Los animalillos no parecieron percatarse de su llegada. Alargó el brazo lentamente, dio la vuelta al espejo y a continuación se retiró a la mesa.

Las mariposas y las abejas que se habían posado en el espejo alzaron el vuelo cuando Seth le dio la vuelta, pero sólo unas pocas de aquellas criaturas aladas se marcharon volando. La mayor parte del enjambre se quedó revoloteando cerca. Un par de mariposas y una libélula se posaron en la silla misma, junto al filo del espejo. Alzando el vuelo, volcaron el espejo y a punto estuvieron de tirarlo de la silla.

Con la superficie reflectora de nuevo visible, el enjambre se agolpó encima. Varias de las criaturas se posaron en ella.

—¿Has visto eso? —preguntó Kendra.

—Qué cosa tan rara —comentó Seth.

—¿Cómo han podido tener la fuerza suficiente para levantarlo?

—Eran varias a la vez. ¿Quieres que le dé la vuelta otra vez?

—No, me da miedo que se caiga y se haga pedazos.

—De acuerdo. —Se puso la toalla al cuello—. Voy a cambiarme.

—¿Te importa llevarte el espejo?

—Bueno, pero me largo pitando. No me apetece que me piquen.

Seth se acercó lentamente al espejo, lo cogió de la silla y echó a correr por el jardín en dirección a la casa. Parte del enjambre le persiguió perezosamente y a continuación se dispersó.

Kendra se envolvió la cintura con la toalla, cogió la crema protectora que Seth se había dejado y se encaminó hacia la casa.

Cuando llegó al cuarto de juegos del desván, se encontró a Seth vestido con vaqueros y una camisa de camuflaje de manga larga. Recogió del suelo la caja de cereales que le servía de kit de supervivencia en casos de emergencia y se fue hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—No es asunto tuyo, a no ser que quieras venir.

—¿Cómo voy a saber si quiero ir si no me dices adónde vas?

Seth la evaluó con la mirada.

—¿Me prometes que guardarás el secreto?

—A ver si lo adivino: vas al bosque.

—¿Quieres venir?

—Vas a pillar la enfermedad de Lyme —le advirtió Kendra.

—Y a mí qué. En todas partes hay garrapatas. Igual que hiedra venenosa. Si la gente dejara que eso la detuviera, nadie iría nunca a ninguna parte.

—Pero el abuelo Sorenson no quiere que nos metamos en el bosque —protestó ella.

—El abuelo no va a estar por aquí en todo el día. No va a enterarse nadie, a no ser que te chives.

—No lo hagas. El abuelo ha sido amable con nosotros. Deberíamos obedecerle.

—Tienes el mismo valor que un cubo de arena.

—¿Qué tiene de valiente desobedecer al abuelo?

—Vamos, que no vienes, ¿no?

Kendra vaciló.

—No.

—¿Te chivarás de mí?

—Si me preguntan dónde estás, sí.

—No tardaré mucho.

Seth salió por la puerta. Kendra oyó sus pisadas al bajar los escalones.

Cruzó la habitación en dirección a la mesilla de noche. El espejo de mano estaba allí encima, al lado de la arandela con las tres llavecitas. La noche anterior se había pasado un buen rato tratando de descubrir qué abría cada llave. La más grande abría un joyero que había sobre la cómoda, repleto de alhajas de fantasía: gargantillas de diamantes, pendientes de perlas, colgantes de esmeraldas, anillos de zafiro y pulseras de rubíes, todo de mentira. Aún no había descubierto lo que abrían las otras dos.

Cogió las llaves de la mesilla. Eran todas diminutas. La más pequeña no medía más que una chincheta. ¿Dónde encontraría una cerradura tan minúscula?

La noche anterior había dedicado casi todo el rato a probar con cómodas y baúles de juguetes. Algunas de las cómodas tenían cerradura, pero estaban ya abiertas y las llaves no encajaban. Lo mismo le pasó con los baúles de juguetes.

La casa de muñecas victoriana atrajo su atención. ¿Qué mejor lugar para encontrar pequeñas cerraduras que en el interior de una casita de muñecas? Soltó los cierres y, al abrir la casita, descubrió dos pisos y varias habitaciones llenas de muebles en miniatura. Cinco personitas de mentira habitaban la casa: un padre, una madre, un niño, una niña y un bebé.

El grado de detalle era extraordinario. Las camitas tenían su colcha, su manta, sus sábanas y sus almohadas. Los sofás estaban hechos con almohadones de quita y pon. Los grifos de la

bañera giraban de verdad. Los armaritos tenían ropita colgada dentro.

El gran armario de la habitación de matrimonio de la casita de muñecas levantó las sospechas de Kendra. En el centro tenía una cerradura desproporcionadamente grande. Kendra insertó la llave más diminuta y la giró. Las puertas del armario se abrieron de par en par.

Dentro había algo envuelto en papel dorado. Al abrirlo, vio que se trataba de un bombón en forma de capullo de rosa. Detrás del bombón encontró una llavecilla dorada. La unió a las otras tres en la arandela. La llave dorada era más grande que la llave que abría el armario, pero más pequeña que la llave que abría el joyero.

Kendra mordió un trocito del capullo de rosa de chocolate. Estaba blando y se fundió en su boca. Era el bombón más rico y cremoso que había probado en su vida.

Se lo comió en tres mordiscos más, paladeando cada bocado.

Volvió a indagar en el interior de la casita, investigando cada mueble de juguete, rebuscando en cada armarito, mirando detrás de cada cuadro en miniatura que decoraba las paredes. Al no hallar más cerraduras, echó los cierres de la casa de muñecas.

Repasó la habitación con la mirada, tratando de decidir cuál sería el siguiente sitio en que miraría. Sólo le quedaba una llave, o tal vez dos, si la llave dorada abría también algo. Había examinado casi todos los objetos de los baúles de juguetes, pero siempre podía cerciorarse por segunda vez. Había mirado en los cajones de las mesillas de noche, en las cómodas y en los armarios roperos a conciencia, así como en todos los adornos de las estanterías. Podía haber cerraduras en los sitios más insospechados, como, por ejemplo, debajo de la ropita de una muñeca o detrás del pilar de una cama.

Kendra acabó junto al telescopio. Aunque le parecía improbable, comprobó si tenía alguna cerradura. Nada.

Tal vez podría usar el telescopio para localizar a Seth. Abrió la ventana y vio que Dale cruzaba la pradera de hierba de las lindes del bosque. Llevaba algo en las manos, pero como le daba la espalda no le dejaba ver lo que sostenía. Se encorvó y de-

positó la carga detrás de un seto bajo, lo cual siguió impidiéndole ver el objeto. Dale se alejó de allí a paso ligero, echando vistazos a su alrededor como para asegurarse de que nadie le seguía, y enseguida se perdió de vista.

Presa de la curiosidad, Kendra bajó a toda velocidad a la planta baja y salió por la puerta trasera. No se veía a Dale por ninguna parte. Cruzó corriendo la pradera de hierba en dirección al seto que quedaba justo debajo de la ventana del desván. Al otro lado del seto había otros dos metros más o menos de hierba, que terminaba de golpe en las inmediaciones del bosque. En la hierba, detrás del seto bajo, había un gran molde de tarta lleno de leche.

Un colibrí iridiscente se mantenía suspendido en el aire por encima del molde de tarta, sus alas convertidas en una mancha borrosa. Alrededor del colibrí revoloteaban unas cuantas mariposas. De vez en cuando, una descendía y tocaba la leche, levantando gotitas. El colibrí se marchó y se acercó una libélula. Formaban un conjunto menos numeroso que el que había atraído el espejo, pero había mucha más actividad de lo que Kendra habría esperado encontrar en torno a un pequeño estanque de leche.

34

Se quedó observando, mientras toda una variedad de animalillos alados iba y venía a alimentarse del molde de tarta. ¿Bebían leche las mariposas? ¿Y las libélulas? Al parecer, sí. No pasó mucho tiempo antes de que el nivel de leche del molde de tarta hubiese descendido notablemente.

Kendra alzó la vista hacia el desván. Tenía sólo dos ventanas, las dos en la misma cara de la casa. Visualizó la habitación tras esas ventanas salientes con sus respectivos tejadillos, y de pronto cayó en la cuenta de que el cuarto de juegos ocupaba sólo la mitad del espacio que debía llenar el desván.

Abandonó la fuente de leche y rodeó la casa para ir a la otra cara del edificio. En el otro lado había otro par de ventanas de desván. Tenía razón. El desván constaba de otra mitad. Pero no sabía de ninguna otra escalera que diese acceso a esa planta superior. Eso quería decir que... ¡el cuarto de juegos podría contener una especie de pasadizo secreto! ¡Tal vez la última llave abriese su puerta!

Justo cuando decidió regresar al desván y buscar alguna puerta oculta, Kendra se dio cuenta de que Dale venía desde la zona del granero con otro molde de tarta en las manos. Echó a correr hacia él. Al verla acercarse, pareció incomodarse momentáneamente, pero a continuación le ofreció una gran sonrisa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kendra.

—Estoy llevando algo de leche a la casa, nada más —respondió él, cambiando ligeramente la dirección de sus pasos. Antes se había encaminado hacia el bosque.

—¿De verdad? ¿Y por qué has dejado esa otra leche detrás del seto?

—¿Otra leche? —No podía haber puesto más cara de culpabilidad.

—Sí. Se la están bebiendo las mariposas.

Dale había dejado de andar. Miraba a Kendra con expresión de astucia.

—¿Sabes guardar un secreto?

—Claro.

Dale miraba a su alrededor como si pudiera estar viéndolos alguien.

—Tenemos unas cuantas vacas lecheras. Dan leche en abundancia, así que aparto un poco de la que sobra para los insectos. El jardín está más lleno de vida de esta manera.

—¿Por qué es un secreto?

—No estoy seguro de que tu abuelo dé su consentimiento. Nunca le pedí permiso para hacerlo. Podría considerar que es un derroche.

—A mí me parece una buena idea. Me he fijado en todas las clases diferentes de mariposas que hay en vuestro jardín. Jamás había visto tantas. Además de todos los colibríes...

Él asintió.

—Me gusta. Contribuye a la atmósfera del lugar.

—Entonces, no ibas a llevar esa leche a la casa.

—No, no. Esta leche no está pasteurizada. Está llenita de bacterias. Podrías pillar toda clase de enfermedades. No es apta para el consumo humano. Por el contrario, a los insectos parece gustarles más así. ¿No echarás a perder mi secreto, verdad?

—No diré nada.

—Buena chica —replicó él, con un guiño de complicidad.

—¿Dónde vas a poner esa leche?

—Allí. —Señaló con el mentón en dirección al bosque—.

Todos los días pongo unos cuantos recipientes por el extremo del jardín.

—¿No se estropea?

—No da tiempo. Hay días en que los insectos se toman toda la leche antes de recoger las fuentes. Bichos sedientos.

—Te veré luego, Dale.

—¿Has visto por aquí a tu hermano?

—Creo que está en la casa.

—¿Ah, sí?

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez.

Kendra se dio la vuelta y fue en dirección a la casa. Cuando subía las escaleras del porche trasero, echó la vista atrás. Dale estaba colocando la leche detrás de un pequeño arbusto de forma redondeada.